

mos en toda la mitología india y sobre todo el robustecimiento del elemento astronómico-meteorológico en todas partes presente. Los winnebagos dicen que su gran espíritu creó cuatro hombres, los vientos, y una mujer, la tierra. Los vientos sirven por doquier para hacer habitable la tierra, pertenecen al número de los espíritus creadores benéficos y en la edad de la creación preceden al sol, á la luna y á las estrellas. Los indios norteamericanos no hacen sacrificios sangrientos en honor de los cuatro vientos como se dice que los hacen los aztecas, á lo menos nada dicen sobre este particular los relatos fidedignos; limitanse simplemente á enviar á las cuatro regiones del mundo, como al sol, el humo propiciatorio del tabaco de su pipa sagrada, pues no sólo estiman el tabaco como hierba sagrada agradable á Dios, sino que —según unos indios afirmaron á Charlevoix— la pipa les vino de los panis, los cuales la habían recibido del sol. Y si el sol es considerado como el único dispensador de los frutos y demás dones buenos, los vientos, en calidad de mensajeros suyos que traen las lluvias, el crecimiento de las plantas y el refrigeramiento, tienen también su parte en esta estima al lado de la luna á la que se atribuye cierta relación especial con la humedad y se adora en algunas partes como diosa del agua, de tal suerte que en la mitología azteca el agua y la luna se consideran como cosas inseparables. También encontramos la cuaternidad en los cuatro servidores de Quetzalkoatl, el dios mejicano del aire y del sol, en los cuatro sostenedores de la tierra que sobrevivieron al diluvio, en los cuatro ángulos del mundo hacia los cuales dirigen los siouxes la pipa del consejo antes de pasársela de uno á otro, en los cuatro hermanos de la leyenda de los Arawakes que produjeron el diluvio rompiendo la calabaza del dios principal y en otra porción más de mitos y narraciones «cuaternarias.» De aquí resultó después la difusión de la idea de la santidad del número cuatro que nos explica de un modo muy claro la presencia en los monumentos americanos de la cruz que tanto sorprendió á algunos, especialmente cuando la encontraron en la mano y en el traje de Quetzalkoatl. Las fiestas que duran cuatro días, los cuatro baños de estufa purificadores, los cuatro amuletos encerrados en el saco de las medicinas á su vez compuesto de cuatro pieles cosidas que vemos entre los dakotas, los cuatro hombres que entre los mandanes son necesarios para construir las cabañas mágicas, las cuatro almas encerradas en el cuerpo que permanecen cerca del cadáver cuatro semanas según los hidatschas y cuatro días según los algonkines, las flechas que se disparan en dirección de los cuatro vientos cuando nace alguien, etc., etc., son otras tantas pruebas del notable predominio que este número ha alcanzado en la vida de los indios. En algunos puntos la costumbre ha convertido el cuatro en cuarenta.

El papel prometeico del auxiliar de la creación que tomó á su cargo cuidar de la especie humana se atribuye unas veces al mismo sol, otras á un hijo ó nieto de la luna (quizás la estrella matutina), habiéndose establecido, al parecer, cierta relación íntima entre determinadas estrellas y el género humano. Así lo indica la siguiente leyenda de los tinnes: la primera pareja humana formábanla dos hermanos que, siendo muy pequeños, se separaron. «Veamos —dijeron al separarse— cuál de los dos corre más,» y echaron á correr en opuestas direcciones al rededor del cielo para de esta suerte dar la vuelta al rededor de la tierra. Al encontrarse de nuevo habían envejecido y andaban con muletas: «¿Te acuerdas, hermano mayor, del día en que nos separamos?» dijo el uno. «Sí, repuso el otro; quería saberlo todo, ponerlo todo en orden, cazar animales y pescar peces y

recorrí toda la tierra con lo cual he acabado por ser desgraciado.» «Lo propio me sucedió á mí, añadió el segundo; pero escucha, allí se levanta de repente una montaña; entremos en ella.» Así lo hizo el menor regresando luego completamente rejuvenecido. «También quiero hacerlo yo,» dijo el mayor, y penetró en la montaña que comenzó á crecer hasta llenar toda la tierra, volviendo después rejuvenecido también. Estos hermanos se nos aparecen de la misma manera que los mestizos Joskeha y Tawiskara de la leyenda de los hurones, el «claro» y el «oscuro» cuya abuela era la luna, llamada aquí Ataensik, y cuya madre murió al darles á luz. Estos dos hermanos se pelearon armados el uno con los intestinos de un ciervo y el otro con la rosa silvestre; este último resultó herido y á cada paso que daba para pedir á aquél que le perdonara la vida perdía un chorro de sangre que se convertía en pedernal. El vencedor volvió al lado de su abuela y al salir el sol construyó su cabaña á la orilla del mar; andando el tiempo fué el padre de los hombres y el patrono especial de los hurones, hizo habitable el desierto para lo cual dió muerte á la rana gigantesca que se había tragado toda el agua, distribuyó las aguas por la tierra, creó la caza y los frutos del campo y trajo el fuego á los hombres. Por esto se ofrecieron á Joskeha los sacrificios que se describen como destinados al sol y á menudo es designado como sol por más que, al parecer, no sea más que un «hijo de éste.»

La traída del fuego tiene entre estos pueblos una personificación mucho más agradable que entre los polinesios, por ejemplo. En el Oeste y en el Noroeste parece estar más personificado que en el Este y en el Sud en donde se nos presenta después del sol que está íntimamente enlazado con aquel fenómeno. La familia de las arañas tejó una tela ó una cuerda para por medio de ella volar hacia la luna, pero fué detenida y hubo de ceder la preferencia á la familia de las serpientes que trepó por esa sogá hasta la luna de donde trajo un tizón. Los antepasados de los tolowas que cocían sus manjares con el calor de sus sobacos, trajeron el fuego de la luna; los miskwallis, en cambio, debieron el beneficio del fuego á su dios Hunne ú Hodde. Este Prometeo se convirtió entre los schastikas en un lobo que trajo del Oriente un gran pedernal y se lo regaló á los indios; los de Mendocino, en cambio, tienen la concepción impersonal de que Dios envió el fuego en forma de rayo á una madera, la cual al ser frotada puede restituirlo. En las tribus del Sudoeste encontramos una notable modificación que se aproxima á la leyenda de Maui: el dios infernal de los chilotas que produce el fuego frotando tiene allí una corte de *jounches* que no sólo andan á saltitos sobre una sola pierna, sino que dislocan una pierna á todos los muchachos bonitos que pueden coger.

Las funciones prometeicas aparecen también ocultas en las leyendas de los héroes favoritos que se encuentran en el tránsito del cielo á la tierra: dichas funciones se traslucen en pequeñeces, como por ejemplo en el hecho de que Menabuscho, el héroe de los algonkines, pintara de encarnado el rostro del picamaderos en recompensa del consejo que éste le dió de que arrojara su flecha á la coronilla del invulnerable caudillo Pluma de perlas. Este Menabuscho es por un lado un indio como los demás, que unas veces padece hambre y otras nada en la abundancia, que tiene amigos y enemigos, se casa, caza y pesca y por otro puede transformarse en un animal cualquiera y dispone de hechizos poderosos con los cuales puede librarse de todo peligro y realizar el gran trabajo de limpiar la tierra de gigantes y de serpientes. Habiendo preguntado Menabuscho á su abuela cuál era su origen, contestóle ésta que su padre era el viento

del Oeste y sus hermanos el Norte, el Este y el Sud, y que su madre había muerto á poco de haberle dado á luz víctima de los malos tratamientos de su esposo. Enfurecido Menabuscho arrojó á su padre hasta el borde extremo occidental en donde acabó por hacer las paces con él. El héroe lucha con el rey de los peces que se lo traga á él y á su lancha, pero algunos pájaros practican un agujero en la espalda del pez por el cual puede aquél huir. Encarnizadas son sus luchas con las serpientes que sepultaron en los abismos á su nieto en ocasión en que transformado en zorro se paseaba por la helada superficie de un lago: para matar al rey de esos reptiles se transforma en tronco de árbol, teniendo luego que huir á pasos agigantados de algunas millas cada uno por las montañas hasta llegar á la más alta en donde casi le ahoga el diluvio. Más tarde vuelve á luchar con las mismas serpientes, pero vencido y perseguido por éstas sálvase gracias á que el tejón abrió una cueva y arrojando la tierra atrás consiguió hacerle invisible. Menabuscho se arrastró por la caverna y disfrazándose de rey de las serpientes mató á la mayor parte de éstas huyendo el resto hacia el Sud. ¡Cuán cerca del origen natural se mantiene el pensamiento fundamental de este héroe cuando en una leyenda se nos presenta como regente del viento Noroeste que, en unión de su hermano Gabibonoke, envía á la tierra las tempestades y las borrascas! Hasta en la misma observación de los algonkines que en los claros días del verano indio dicen que Menabuscho vuelve á fumar su pipa, aparece el carácter cósmico de este héroe de su tribu á quien á veces adoran como dios; y más aún allí donde Menabuscho se nos presenta como nieto de la luna é hijo del viento Oeste cuya madre, muerta á poco de haberle dado á luz, viene á ser el crepúsculo, de modo que aquél es el héroe de la mañana y su lucha con flechas de fuego contra su padre equivale á la lucha entre el día y la noche tan celebrada en infinidad de mitos.

Antes de la llegada de los europeos muchas tribus de la América del Norte mantenían un fuego eterno, y en 1747 todavía lo describe Colden como constantemente encendido en el sitio del consejo de las Cinco Naciones en Onondaga. Probablemente ardería en honor del sol, considerándosele demasiado noble para utilizarlo para fines de la vida ordinaria. En Virginia quemábase en él para regocijar á los espíritus tabaco, que también en otras partes hacía las veces de incienso. Los zuñis no comen en la actualidad cosa alguna sin echar antes un pedacito de ella á este fuego excitándole con determinadas fórmulas á que lo devore. La costumbre que encontramos en el bajo Mississipi de alimentarlo con palos sin corteza y colocados á modo de radios indica, quizás, también ese enlace con el sol. La extinción de este fuego era de mal agüero y para encenderlo de nuevo era preciso valerse de lumbre de otro templo. Generalmente se conservaba en una cabaña en donde se guardaban asimismo los huesos de los caudillos muertos, cuidando de vigilarlo y alimentarlo unos custodios especiales. En los países en donde no se mantenía el fuego perpetuo los sacrificios ígneos eran los más usuales, sacrificándose en él el mayor número posible de utensilios y de alimentos. En muchas tribus con ocasión de la fiesta de los primeros frutos apagábanse todos estos fuegos siendo nuevamente encendidos por medio de la frotación. Los zuñis encendían un fuego especial á cada fiesta, oyéndose por lo general en sus danzas sagradas una aclamación al fuego.

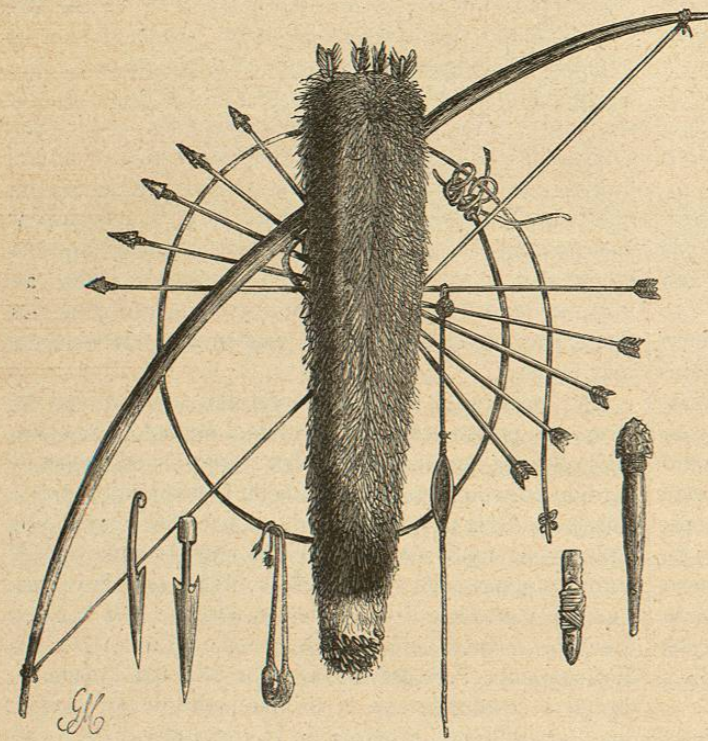
La historia de la creación permite hacer en este, como en todos los pueblos, una clasificación de los dioses: en esto estriba precisamente su gran importancia siendo, por

ende, altamente injusta la afirmación que hace Waitz de que esa historia casi nunca demuestra el menor átomo de reflexión, presentándose las más de las veces con el carácter de cuento inventado en un rato de ocio para diversión y entretenimiento. «Así es en efecto muchas veces; raros son, al parecer, los que dan gran importancia á estas cosas, lo cual se confirma, además, por el hecho de que á menudo encontramos, dentro de un mismo pueblo, estas tradiciones con muchas variantes.» Expresarse en estos términos es sencillamente desconocer por completo el terreno en que ha de colocarse el que quiera hacer justicia á este rasgo interesante de la fisonomía de los pueblos. Prescindiendo del desgaste inevitable producido por la tradición es evidente que en ninguna esfera aparece como en esta tan débil la fantasía creadora ni tan fuerte la persistencia en unas pocas ideas fundamentales: todo el que compare las cosmogonías dentro de un profundo criterio histórico encontrará en todas ellas la tradición del mundo que abarca por completo el espíritu de la humanidad. Y para no citar más que á los vecinos occidentales tan ricos en punto á mitos diremos que en América no falta casi ninguno de los rasgos de la mitología polinesia y que las diferencias que en esta materia existen son relativamente muy pocas.

En primer lugar, la situación del dios supremo está determinada por su actividad creadora á menudo á tan alto grado llevada que aun en aquellos territorios en que se ha perdido por completo la memoria de la divinidad suprema subsiste todavía la apariencia de monoteísmo, puesto que en lugar de aquélla aparece el dios creador como sucede entre los pimas cuyo «profeta de la tierra» es, á la vez, ser supremo y creador. Esto puede ser equiparado á aquellos desenvolvimientos polinesios en los cuales Maui surge como dios supremo. Pero ese dios creador está tan humanizado que se confunde con el primer padre de un pueblo, que, situándose en el centro de la tierra considera á ésta como exclusivamente creada para él, ve en el creador al primer hombre y al primer individuo de su tribu y se siente aun corporalmente muy próximo á él: tal sucede en la leyenda pima según la que el primer pima fué creado por el dios creador de un nervio que él mismo se extrajo del cuello.

Una modificación especial nos ofrecen los norteamericanos con su Yalch ó Yeschl en forma de cuervo, figura principal de los mitos filosóficos respecto de los cuales opina con harta precipitación Aurelio Krause que «su lógica es inferior á la de nuestros cuentos de niños.» El carácter americano general de esta figura manifiéstase ya en su forma de pájaro, pues al cuervo ó al águila los vemos muchas veces como pájaros creadores. Además preséntasenos una multitud de rasgos polinesioamericanos en cuanto tratamos de abarcar lo comprensible de sus círculos de mitos. Únicamente con un proceso aumenta la impresión de lo lógico que no puede sentir aquel que toma por el todo sólo un par de fragmentos. Ese cuervo divino habla nacido antes de que existiera la tierra, pero antes que él existía ya otro dios, Khanuk: aquél creó la tierra arrebatando á éste una tras otra sus distintas partes, y trajo el fuego de una isla en donde caían las chispas en forma de piedra y de madera, con las cuales se produce después el fuego, y de la isla de Khanuk trajo el agua dulce en su pico. Según otras leyendas, este dios venció por medio de la astucia en maravillosas aventuras al dios envidioso que tenía encerrados en armarios al sol, á la luna y á las estrellas. Cuando en la época en que reinaban todavía las tinieblas la hermana de este dios dió á luz á Yalch y cuando éste hubo sido

arrojado al mar por su tío á quien el pájaro Kun había advertido de lo ocurrido, el delfín trajo á la madre una piedra que se tragó al volver Yalch al mundo y al emprender éste su vuelo hacia el cielo con el cual chocó y en el que quedó colgado (como sol?). En otra leyenda es la hija la que está vigilada por el dios envidioso que examina lleno de desconfianza hasta los manjares y las bebidas: Yalch se convierte en una brizna de hierba que se adhiere al vaso y es tragada para luego renacer, y recibe el armario que contiene los cuerpos celestes y del cual se escapan las estrellas encaminándose al cielo y son arrebatados por



Armas de caza de los fueguinos: arco, flechas, carcaj, cucill y hondas. (Colección de Hagenbeck, Hamburgo) $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño

cuervos la luna y el sol. O bien transformado en cuervo carga el mismo con el sol y le pregunta, oyendo voces detrás de sí, si se hará luz. Cuando inesperadamente apareció el sol brillando en el cielo, los hombres incrédulos quedaron convertidos en animales y llenos de terror huyeron á las montañas, á las selvas y á las aguas. Según otra versión, de aquel dios envidioso salió el primer hombre que también dió muerte á los hijos de su hermana. Al lado de Yalch aparece su hermana, á la que los thlinkites denominan «mujer debajo de la tierra» y que con ocasión de la gran marea se separa de su hermano para subir al cráter del volcán Mount Edgecomb en donde sostiene el pilar en que descansa la tierra y disminuye la intensidad de los terremotos producidos por algunas divinidades que odian á la humanidad. Los konjages atribuyen la separación al hecho de haber comido la hermana una hierba prohibida con lo cual comprendió su desnudez y huyó. El menor de sus hijos recibidos en la escalera del cielo pudo vivir gracias á una canción enseñada por Schlam Schoa.

Si separamos las distintas ideas que aquí aparecen confusamente entrelazadas, nos hallaremos enfrente de los tres elementos de la creación: tierra, agua y fuego, que se nos presentan como líneas fundamentales muy marcadas. El agua es el elemento predominante, la tierra no es más que una isla puesta en medio de ella y anteriores á una y otra son el cielo y el sol: éste trajo del cielo, ó con permiso del mismo, el fuego á la isla tierra. La leyenda de la creación

de los indios liebres expresa aún más claramente esto cuando dice que el padre habita en el zenit, la madre en el nadir y el hijo va por el cielo de una parte á otra entre los dos: en una de estas excursiones dividió el último la tierra y volviendo á donde estaba su padre cantóle de esta manera: «¡Oh padre mío que estás en las alturas! enciende tu fuego celeste pues mis hermanos son, desde hace mucho tiempo, desgraciados en esa pequeña isla (tierra). ¡Contempla, ten piedad de los hombres!»

Enfrente del dios creador, ó profeta de la tierra ó llámese como se quiera, aparece formando contraste con él y completándolo un principio tenebroso que, sin embargo, preséntase á menudo sencillamente en el dualismo del primero en el cual asimismo reposa. Del padre noche nace el hermano noche. En la antes citada leyenda irokesa de los hermanos negro el uno y blanco el otro - nietos de la luna cuya madre murió á poco de haberles dado á luz - está esto claramente expresado, siendo de notar que en la forma más antigua de la misma (1633) nada se dice acerca de los espíritus bueno y malo, idea que los indios aceptaron dos siglos más tarde. En otros pueblos podemos también considerar á la tempestad como origen de un dios terrible y temido: tal sucede con los chillulas que colocan en el aire á un demonio monstruoso con cuernos y alas dotado de fabulosa celeridad y de una fuerza con la cual destruye en un momento á los hombres. Esta figura es indudablemente una exageración del dios de las tempestades con algo del diablo cristiano. Hoy en día puede considerarse como fuera de toda duda que en los primitivos tiempos no tuvieron los indios nada que pudiera corresponder á este diablo. Los hermanos moravios que en el siglo pasado ejercieron sus misiones entre los delawarenses sentaron ya la afirmación de que «la idea del mal, de un príncipe de la noche, la recibieron estos pueblos de los europeos» y Brinton ha demostrado hasta la saciedad en estos últimos años que los nombres de

los supuestos malos espíritus son en su mayoría simplemente nombres de dioses de los pueblos respectivos. Aquí como en el resto del mundo la serpiente, lejos de ser en su origen un espíritu maligno, es más bien todo lo contrario.

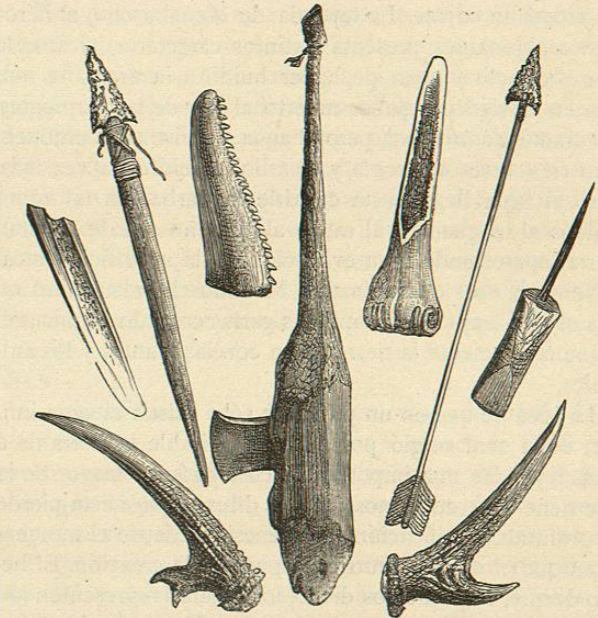
La palabra hombre significa con frecuencia también en los idiomas indios tierra ó piedra: *oneida* y *pomo* se traducen respectivamente por piedra y tierra y en realidad en muchas leyendas se dice que la tierra ó la arcilla fué la materia fundamental con que se formó al hombre; en otras se hace derivar á éste de la piedra. Los mejicanos y los tekokanos, los aleutes y los makahes del cabo Flattery pretenden descender del pedernal. Allí donde los animales se nos presentan como dioses creadores de los hombres ocúltase en ellos un dios de la creación y ya se comprenderá por lo que llevamos dicho con cuánta preferencia adoptan la forma de zorros ó de perros. Es interesante la ceremonia que verifican los tonkoyes de Tejas los cuales, al decir de Schoolcraft, desentierran con las manos á uno de sus compañeros sepultado en la tierra desnudo y cubierto con una piel de zorro. En los territorios occidentales, Yalch no creó por sí mismo á los hombres sino que por orden suya un espíritu auxiliar los modeló de una masa informe de carne. Según otro mito, aconsejó á los que sobrevivieron al diluvio que arrojaran hacia atrás piedras que se convirtieron en hombres. Por virtud de un retroceso de la idea mitológica aparece en algunos pueblos

como hijo del primer hombre que elevado por encima de las aguas del diluvio dejó caer cansado sobre la espalda del castor el cual le condujo á una costa en donde encontró á su madre unida con su hermano, recibiendo allí poder para crear al pueblo de los kolosches.

Es agradable ver cómo se enlazan alrededor de la idea fundamental que hace surgir de la tierra á la especie humana una porción de ingeniosas leyendas, y es tanto más agradable cuanto que á estas figuras al parecer secundarias no les falta la relación mundanal. A esa clase pertenece la leyenda de los mandanes según la cual este pueblo vivía en los primitivos tiempos debajo de la tierra sin más luz que la que penetraba por las rendijas que abrían en el suelo las raíces de un sarmiento, por las cuales treparon los más atrevidos: éstos al salir á la tierra vieron en ella búfalos y frutos en gran abundancia y cogiendo algunos racimos los llevaron á sus parientes subterráneos, quienes intentaron entonces imitar el ejemplo de aquéllos. Así lo hicieron, pero cuando la mitad del pueblo hubo salido á la superficie quebróse el sarmiento al peso de una mujer gorda desapareciendo desde aquel momento para los que se quedaban debajo toda la luz que de arriba les venía y la esperanza de reunirse con sus compañeros más afortunados. Entre los navajos el papel del sarmiento que abrió un agujero en el antro creador de las entrañas de la tierra, está desempeñado por la vulpeja y por la oruga ó escarabajo que abrieron el camino que había de conducir á los hombres á la superficie terrestre. La leyenda que sobre este particular tiene el citado pueblo aparece altamente embellecida: los navajos pretenden haber habitado en una montaña que se alza junto al río San Juan hasta que uno de sus dos caudillos sordos que para entretenerse tocaban la flauta golpeó con su instrumento el techo y al reparar el sonido hueco que éste producía entró en deseos de perforarlo. La vulpeja que fué la que hizo la primera tentativa no consiguió su intento; el escarabajo, en cambio, logró atravesar la techumbre, pero apenas hubo salido á flor de tierra cuatro cisnes blancos le dispararon desde las cuatro regiones celestes otras tantas flechas, después de lo cual descendieron de dichas regiones cuatro canales de agua. Entonces la vulpeja se atrevió á salir á fuera, pero se hundió en el lodo que todavía se ve hoy en sus pies. Los vientos secaron luego la tierra y más tarde se confió á los dos flautistas la conducción de las luces celestes, el sol y la luna, á la sazón creados, pero al cumplir su cometido colocaron al sol tan cerca de la tierra que fué necesario retirarlo á una distancia cuatro veces mayor.

Con los mitos de la creación enlázanse en parte las leyendas de las emigraciones. El gigante Yakke-Eltini de los tschippewahes que con su cabellera barre el firmamento habita al Oeste y mientras vive cierra á los hombres el ingreso á los países occidentales. Cuando le mataron, su cadáver cayó entre el mundo oriental y el occidental apoyando la cabeza en éste y los pies en aquél y se convirtió en puente de piedra por el cual pasaron los renghiferos que Petitot supone hordas indias que de Asia se dirigieron á América. El hecho de que á esta leyenda se le haya dado un fondo continental - como lo hace Petitot al considerar á este gigante como el pueblo en masa de los tinnes y á las dos islas ó mundos como á Asia y América - no se compadece con el hecho común de que por regla general los horizontes de las leyendas de emigraciones son puramente locales. El mismo descubrimiento que hizo Mackenzie entre los tschippewahes del que se desprendía que éstos, librándose de la esclavitud de un pueblo malo, emigraron hacia el Este y llegaron primero á un gran lago poblado de islas y

luego á un río en donde encontraron el metal brillante (al parecer el río de las Minas de Cobre); ó la noticia de Franklin de que los montañeses llegaron por mar de un país occidental abundante en frutos y en animales, no pueden fácilmente ser aplicados á relaciones continentales sino que tienen un carácter esencialmente local. Entre los indios liebres existe la leyenda de que vivieron en el Occidente y allende el mar con un pueblo de calvos, cuyos hechiceros tenían el don de convertirse durante la noche en lobos ó en perros, armados de yelmo, coraza de escamas, escudo y lanza. Con esta guarda armonía una leyenda de los tinnes según la cual en los lejanos territorios del Noroeste habitaba un pueblo cuyos hombres eran mitad perros mitad seres humanos y cuyas mujeres eran de figura completamente varonil. Estas leyendas se basan probablemente en



Instrumentos y armas de hueso de los fueguinos (Colección de Hagenbeck, Hamburgo).

el recuerdo de la mezcla de dos tribus, mezcla análoga á la que en son de burla se dice ser origen de los indios costillas de perro.

Las leyendas de emigraciones aparecen enlazadas con las tradiciones de la separación de las tribus que á menudo se relacionan con la creación del sol ó con la primera iluminación de la tierra hasta entonces oscura. Cuando Petitot preguntó á la vieja bruja Katocti si los tinnes habían visto el fuego celeste y si el hijo de Dios había bajado á la tierra, contestóle la interpelada: «Sí, mucho tiempo antes de la llegada de los blancos apareció - según me contó mi madre - una estrella hacia el Oestesudoeste á donde fueron conducidos una porción de individuos de nuestro pueblo. Desde entonces todos estamos separados: los montañeses se extendieron por el Sud; sus flechas son pequeñas y mal trabajadas: los bizcos fueron arrojados hacia el Norte y sus mujeres son horriblemente feas; en cuanto á nosotros, los verdaderos seres humanos, nos establecimos en los montes Roquizes, siendo de muy reciente fecha nuestra residencia en las orillas del Mackenzie.»

En esta descripción déjase ya ver la leyenda del diluvio que presenta sorprendentes analogías con la de Noé. En ella son las águilas las que advierten el peligro por haber visto cómo se agrupaban las nubes de la tempestad; en otras las palomas aparecen como las primeras que descubrieron tierra. Un sacerdote de la tribu pima fué avisado por el águila, otro por el coyote; el primero hizo caso omi-